



FOTO: CAMPÚA.

S. E. el Jefe del Estado Español D. Francisco Franco Bahamonde.



S. E. el Jefe del Estado español, acompañado de su esposa y de su hija.

Los pueblos con Historia no son grandes más que a condición de seguir haciendo Historia. La gesta del 12 de octubre, que este número conmemora, es para los hispanos fecha grande en la Historia, no sólo por lo que en ella se conmemora, sino porque sirve de acicate hacia empresas futuras.

La Historia la hacen los hombres. La gesta hispana la hicieron seres casi mitológicos, capaces de cumplir hazañas incomparables. Mientras nuestros pueblos tengan capitanes de esta fibra, de tan grandes alientos, de tan alto y elevado espíritu, las gestas se seguirán haciendo y nuestra presencia en el concierto de los pueblos se afirmará más y más.

En el umbral de este tiempo, la figura símbolo que empalma, sin dudarle, con la de los más grandes Capitanes de la Historia, es, sin duda Francisco Franco. El ha sabido colocarse en el mismo quicio de nuestro quehacer, impregnarse de la esencia toda y del contenido del ser nacional; simbolizar, en un momento, la Patria misma. Por ello, nos ha parecido que el mejor homenaje a nuestra estirpe, en esta fecha, era mostrar la obra, el ejemplo singular de la vida de este Capitán, espejo de caballeros, general sin derrotas, político prudente, arquetipo de Príncipe.

Fácil será reconocer a Francisco Franco, desde su edad temprana, como un gran modelo español de educación perfecta, de educación castrense y clásica, que es ya, acaso, el único modelo europeo de classicismo vivo.

De bien educado en academias y campamentos, Francisco Franco pasa a ser perfecto educador, creador y rector de academias y campamentos, primero en el valor y el estudio, a través de todos los grados, del aprendizaje a la maestría.

En los días de angustia que sucedieron al desastre de Annual, toda la zona del Protectorado estaba perdida, Melilla sitiada y penetrada hasta el Barrio del Real, y los «hametes» llegaban a tomar té moro en el bar cristiano de «La Rosa Azul». Pero, aun en días tan remotos, toda la ilusión militar y heroica de España parecía ya simbolizada y concentrada en la figura de Francisco Franco, entonces nada más que joven comandante de la Legión, y más que joven —si miráis los retratos—, con aire adolescente todavía. Sería muy pocas semanas después de Annual cuando el dibujante Ricardo Marín, servidor fiel de la actualidad y de la fama, hizo una gran composición de Franco en triunfo, jinete sobre caballo blanco. Eran horas de bochorno y derrota. Pero ahora ya toda España aparece definitivamente asumida por aquella figura victoriosa. Sus victorias de loma en loma, de cota en cota, al frente de la

UN HOMBRE ESPEJO DE UN PUEBLO

«LA PERSEVERANCIA ES EL SECRETO DE LA VICTORIA.»
(San Bernardino de Sena.)

«UN corazón generoso —dice Saavedra Fajardo— en las primeras acciones de la naturaleza y del caso descubre su bizzarria». (Empresa Primera). «Con la buena educación es el hombre una criatura celestial y divina y sin ella el más feroz de los animales». (Empresa Segunda). «La conveniencia o daño de esta o aquella educación se vieron en el Rey D. Juan el Segundo y el Rey D. Fernando el Católico: aquél se crió en el Palacio y éste en el Campamento, aquél entre las Damas, éste entre Soldados..., aquél destruyó su Reino y éste levantó una Monarquía». (Empresa Tercera). Siempre que se juzga de reyes o caudillos —como en Plutarco— suele en sus vidas considerarse la educación que los tuvo en semillero, y donde se prefiguró el árbol futuro: torcido malasombra o recto y seguro astil de lanza.

Aun desde los principios, no sería difícil encontrar paralelo entre Francisco Franco y Fernando de Aragón. Aun de modo ya general y desde la Batalla del Ebro, Franco más parece Rey de Aragón, que en aquella línea gobernante de Austrias y Borbones, porque la resistencia militar y política frente a conjuras y entredichos casi universales y rebeldías de los privilegiados fué lo propio de los tenaces soberanos aragoneses, personales caudillos de su pueblo. Pero quede este punto para el definitivo panegírico de la posteridad.



Salón donde se celebran los Consejos de Ministros del Gobierno de España, en el Palacio del Pardo, residencia de S. E. el Jefe del Estado.

bandera legionaria —cuando Millán fué herido en Nador—, se han tornado victorias al frente de la Patria entera y España y Franco son —como diría Cervantes— «para en uno».

A pesar de todo lo heroico, triunfal y extraordinario desde sus tiempos de oficial de Infantería, la ascensión de Franco se logró no como a golpes de fortuna, ni por aventureras sorpresas, sino bajo el clásico signo de lo gradual, de lo no improvisado, de lo cimentado en el recto servicio, de lo ordinario y regular. «Todas las acciones del Rey eran regulares y ordinarias», decía Joinville de San Luis. Aquí radica el gran secreto clásico de la verdadera grandeza, en las vidas y en las arquitecturas, donde lo extraordinario, grandioso, original y sorprendente se presenta como regular, ordinario, proporcionado y en incremento armónico. Ya en esta primera y larga etapa de su formación hasta el día —doce años hace— en que llega a Jefe del Estado, Francisco Franco se caracteriza por aquella perseverancia ejemplar que, según San Bernardino de Sena, es el secreto de la victoria. Todo en él acusa los rasgos y los movimientitos del paso seguro, de la ascensión duradera, de la viva, intacta y bien medida voluntad hacia empresas siempre más altas. No se olvide que los gobernantes hacen a las naciones a su imagen y semejanza. Para Francisco Franco a lo largo de aquella etapa estudiantina y valiente en la vida y en el combate, todo va siendo uno, vida y combate; la vida combate a la letra de Séneca y el combate da vida a la letra de Pablo Apóstol. Pero esta vida y este combate se van llamando para él, sencillamente: España.

Se puede preguntar qué Príncipe o qué Gobernante ha tenido una formación parecida a través de servicios y mandos en edades tan justas, una formación que no procede para llegar a la Jefatura del Estado, ni por predestinación hereditaria, ni por imprevisto golpe de fortuna, sino por el gradual ascenso de una especie de modestia imperial, en el original sentido del romano «Imperator», Capitán General vencedor, que transmite luego este nombre, como el mejor, a los que rigen el Imperio.

Algún autor clásico ha previsto el ejemplo de quien por esta suerte de virtuosa y heroica ascensión, justamente se sobrepone a toda otra legitimidad, pero el caso no encuentra ningún parangón, ni siquiera lejano, en ningún otro país de nuestros días.

ESTOS doce años del Caudillo como Jefe del Estado Español pueden dividirse en dos tiempos; concluso el primero con la Victoria, a punto de concluir el segundo con otra victoria y en el horizonte el albor del tercero, donde Franco elevará a potencia floreciente las raíces duramente logradas por los otros dos. El primer tiempo tiene ya su crónica puntual y es el de la guerra civil, el de la guerra de liberación, hasta la victoria. El segundo, menos cruento, pero mucho más largo, peligroso y difícil que el primero, se cifra en la defensa de esta victoria y supone una segunda guerra invisible de liberación, tan decisiva como la primera, porque sin la segunda todo el fruto de la primera se habría perdido. Una vez más ha revelado Franco la consecuencia de su formación. Siempre fué el mismo y

siempre será el mismo: en lo privado y en lo público, en lo militar, en lo civil, en lo nacional y en lo internacional; hombre de una pieza, conformado en fuerte armonía sin contradicción, dispersión, ni escisión, igual en todo. Como Generalísimo, conduce la guerra eliminando toda la estrategia romántica, la corazonada, el jugárselo todo a una carta, el comprometer a la ciega ambición de éxito un inmenso destino patrio. Hasta donde le permiten los medios, a veces precarios, quiere agotar la previsión y la seguridad. El impetuoso y calculado se alía en él a la prudencia y nada hace sin razón y sin honor. Hay momentos en que le acusan de tardador como al gran tardador Fabio Cunctator. Gallego y a un tiempo tan aragonés y tan romano, es un general moderno politécnico, que estudia todos los factores del combate. «Cabdillo sabidor», como demandaban las Partidas o como dice también aquel refrán «que las letras no embotan la lanza». Hombre de letras, de ciencias, de técnicas, militar y político, Franco gana la guerra con una táctica sabia y original que hace de él el primer capitán de su tiempo. Ha eliminado, hasta donde le ha sido posible en el aleatorio tablero de la historia bélica y humana el azar y el error. Acabada la guerra, el libro sobre Francisco Franco podría titularse así: «El General sin errores».

CUANDO, hace algunos meses, el maestro Azorín tomó posesión de su cargo de Presidente del Patronato de la Biblioteca Nacional, pronunció ante el Ministro Ibáñez y ante las muchas y notables personas allí congregadas, un breve, noble y preciso discurso. Sus últimas palabras fueron para invocar el nombre «de nuestro gran gobernante Franco, el Caudillo de España». Al pronunciar estas palabras su voz se elevó repentinamente de tono, para llenarse de emoción y de energía. Enronquecía y vibraba a la vez, como si contuviese lágrimas viriles al sostener enhiesta una bandera. Por la primera vez percibí en el habla de Azorín, tan culta y sosegada de ordinario, el más crudo acento valenciano de Monóvar, aquel de su pura y primera ilusión infantil por España, al cabo de más de medio siglo doloroso de amor a España. Se sentía rejuvenecer en las llamas primeras.

Pocos días hace, Mr. Churchill logró decir la frase más exacta, entre las muchas que ha prodigado a través de su ya larga vida. «Nunca —dijo—, ni los ingleses más viejos, hoy vivientes, han conocido una Inglaterra que cayese tan bajo». Nunca tampoco, podríamos nosotros decir, ni los españoles más viejos hoy vivientes conocieron una España que se levantase tan alto. Ni ellos ni su abuela. Nunca hubo en España tanta ilusión juvenil, tanta fe en el futuro, que a los más viejos llega. Pero el análisis crítico de estos doce años y en particular de los cuatro o cinco últimos sería difícil de hacer, por prematuro y peligroso. Se sabe, sí, que después de la victoria de liberación ganada con las armas hemos padecido un largo e invisible asedio y casi una conjura universal. Algunos que sirvieron en la Cruzada primera, desertaron y fueron cobardes en la segunda. Por eso se puede pensar que la segunda era más difícil y peligrosa. Estos tales, con los apasiona-



S. E. el Jefe del Estado, con su esposa y su hija, se traslada en un día festivo a la capilla del Palacio del Pardo.



Escena familiar en el Pazo de Meirás (Galicia), residencia veraniega del Jefe del Estado, durante la reciente visita de la señorita Quirino, hija del Presidente de Filipinas.



El Generalísimo Franco saluda, en uno de los patios del Palacio del Pardo, a los oficiales de su guardia

dos compatriotas de fuera, con los extranjeros enemigos de siempre, trabajaron para cambiar el mando de la plaza sitiada y para que el nuevo mando abriese parlamento de capitulación y alzase la bandera blanca —blanca de miedo— de una tercera España sumisa.

Nada más contrario al genio de España que semejante deshonor. El hubiera retrasado «sine die» el irrenunciable destino español. Bien dijo don Antonio Maura «que las naciones no perecen por débiles, sino por viles». La conspiración radicó por fortuna en clases privilegiadas y connivencias clandestinas mientras la defensa de España se cimentó en la clamorosa popularidad del Caudillo. Pero fué el triste caso que a los conspiradores, la conjura se les convirtió, día a día, de conjura inicial contra un régimen en conjura contra la Patria. En el tiempo claro y futuro, ningún español bien nacido se ufaná de haber estado contra Franco. Confesarán que erraron, que les cegó el despecho o su increíble atraso mental en azares políticos. Cantarán palinodias innumerables. La pluma se resiste a describir las sombras de este trance pasado. Se decía que había que cambiar el régimen de España por-

que España era como nunca atacada, lo cual equivalía a decir que había que cambiar el régimen de España porque España era como nunca defendida. Resistir es lo propio de los organismos nobles y más se mide la virilidad por la capacidad de resistencia que por la de ataque. Franco fué capitán y maestro en resistir, en durar, en perseverar, en vencer, en convencer. Largo y escabroso fué su camino, como su gran paso de los Alpes, hasta la victoria ya inminente. Pero nada sirve ni ennoblece tanto en la historia como la adversidad vencida a través de muy largas vicisitudes, porque ello equivale a la propia razón con seguro e impasible cimiento impuesta e instaurada.

En política lo que más se tarda en lograr tras de la larga pugna, más se tarda en perder. Nada hay tan absurdo como querer cambiar de régimen para suprimir dificultades. Esa siempre fué la moral de la derrota y la cobardía. Un régimen sólo se forja y establece venciendo las dificultades, endureciéndose y adiestrándose en ellas, educándose aun con la oposición y crítica enemigas.

Franco no sólo ha defendido a España y ha fundado, fortificado y normalizado su régimen para el interior y el exterior. Su posición ha sido esencial para la defensa de Europa y del mundo.

Aún está en trance de hacer entender, a muchos de sus contradictores, que para la defensa de Europa y del mundo, muy superior a la uniformidad ortopédica de los regimenes, es la diversidad original y viva, la armonía de esa diversidad en ideales más altos y eternos y no en ideologías transitorias. Europa fué grande cuando con su diversidad rica y viva se armonizaba su fe común en altos ideales cristianos.



Uno de los más recientes retratos familiares del Jefe del Estado español, con su esposa y su hija.



Bajo la presidencia del Generalísimo español, uno de los Consejos de Ministros celebrado en el Pazo de Meirás en la provincia de la Coruña, residencia veraniega de Su Excelencia.

En el jardín del Pazo de Meirás el fotógrafo ha sorprendido esta escena en la que aparecen S. E. el Jefe del Estado con su hija Carmen, la señorita Quirino —hija del Presidente de Filipinas— y algunos ministros españoles.

Nunca se ha querido imponer la uniformidad como en esta Europa medio muerta.

Frente a esa tesis es Franco quien ha defendido la tesis de la viva libertad de los pueblos para regirse a su albedrío.

Ni ha podido ir peor a los otros pueblos con la uniformidad impuesta, ni ha podido ir mejor a España, ni a la causa de Europa en España, con la defensa de su régimen original y su victoria ganada, que es como decir su libertad.

PERO en todo este tiempo, en estos doce años de Franco Jefe del Estado y Caudillo de España, siempre una mano podía construir a condición de que la otra combatiese con espadas visibles primero e invisibles después.

Contada y hasta no contada esta angustia, la labor en todos los ramos de la administración pública ha sido imponente y la organización de una nueva vida espiritual y física en España, puesta en marcha con velocidad y firmeza.

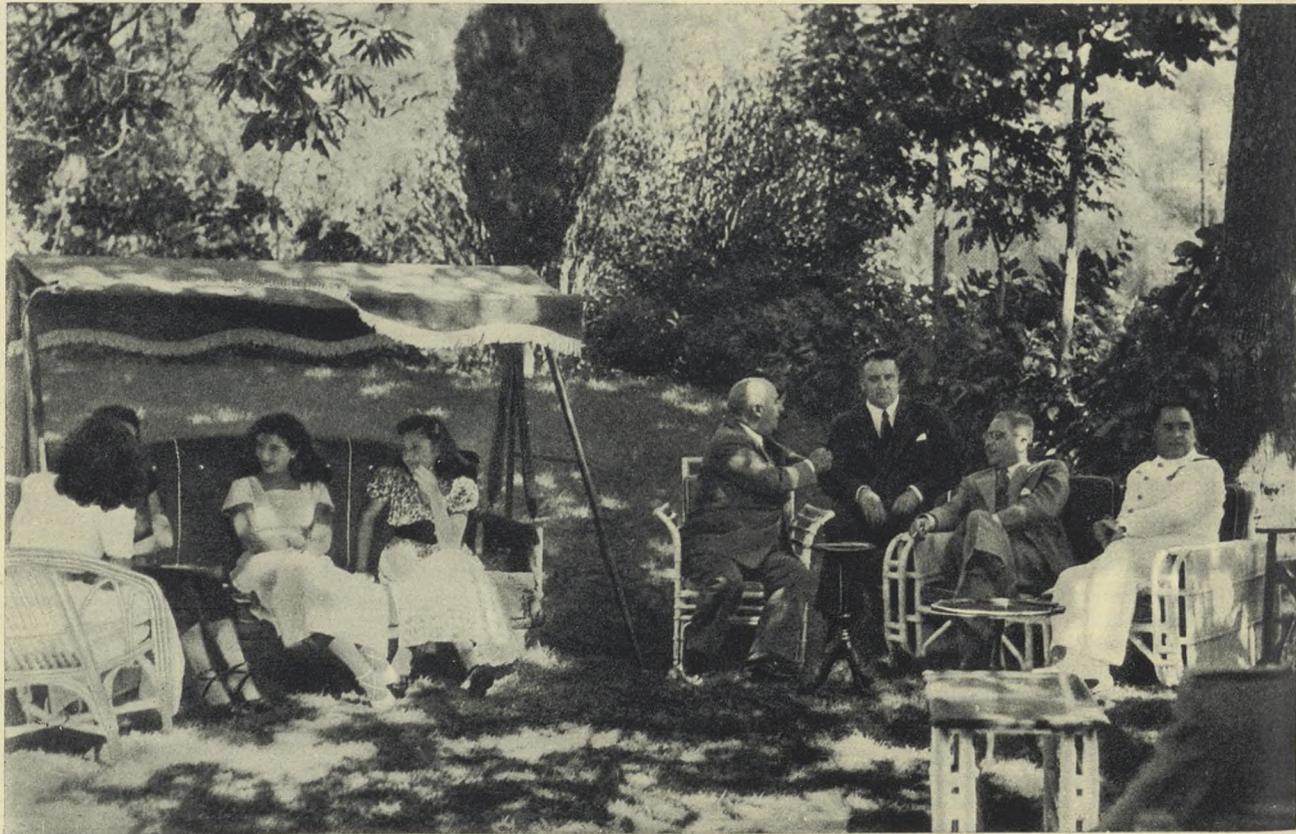
Si esto se ha hecho con una mano ocupada en la defensa de la victoria y con tantos indispensables elementos negados por el exterior, fácil es suponer lo que España hará bajo el mando de Francisco Franco, con sus dos manos libres y una colaboración internacional normalizada y las generaciones jóvenes a la obra.

Las críticas diarias sobre el movimiento y expediente político de cada día no han valido nada jamás frente a la historia.

Es preciso juzgar a los regimenes por lustros o decenios, en la vastedad de su trayectoria, considerando bien el punto de partida y el de llegada y los objetivos ganados.

Las líneas maestras de la España futura están trazadas por la mano de su Caudillo, y en ellas con razón experimentada fian los españoles.

En el tercer período que se ofrece a su obra gobernante ha valido la pena de



recorrer toda esa larga génesis en que se ha forjado su figura, desde la mocedad, porque su figura, signada por la duración y la victoria, es ya la garantía irrenunciable del futuro de España.

Se alcanzan los días en que por segunda vez, y en un memorable trance histórico, que ya toca su fin, el ¡Arriba España! se hace inseparable para los días que vendrán del ¡Viva Franco!

Que su duración, que su seguridad, que su perseverancia sigan siendo para la Patria española durante largos años el secreto de la victoria. Este es nuestro voto.

RAFAEL SANCHEZ MAZAS
(Información fotográfica de CAMPUSA)